

ÚLTIMA CARTA A JULIA

Son casi las siete de la mañana, el día es gris, supongo que ha elegido uno oscuro para que no contraste demasiado con mi vida. Llevo mucho rato esperando en este puente, pero hace ya bastante tiempo que no pasan las horas, ni los minutos, todo a mi alrededor se ha detenido. Los pájaros que trinaban ajenos a todo se han quedado congelados y suspendidos en el aire, el viento ha dejado de ulular, mi reloj al igual que el de la torre de la iglesia se ha detenido, también los pocos coches que pasaban por las calles que veo desde aquí. Absolutamente todo esta tétricamente inmóvil, el río bajo mis pies, un gato que estaba a punto de entrar por la ventana de una casa, una anciana que viste de luto y se dirige hacía la iglesia, el humo de las chimeneas, algunas hojas otoñales de los árboles que me rodean han quedado suspendidas mágicamente flotando en el aire. ¡Hasta el agradable olor a pan recién horneado que llegaba desde la panadería del pueblo ha dejado de olerse!

No sé que voy a hacer, y no me refiero a si saltaré al vacío desde este puente, lo que quiero decir es que tengo que encontrar al autor o autora de esta historia. Al escritor o escritora que me debe la continuación de todo esto. Creo que no soy lo suficientemente inteligente como para saber si es él o ella, al fin y al cabo sólo soy un personaje secundario de una novela que tal vez nunca llegue a editarse.

Él o ella lo sabe todo sobre mí, es más, tengo el pelo, los ojos, la altura, el peso, la edad, los defectos, el valor, los gustos e incluso tendré la muerte que a él o a ella se le ha antojado. Yo, por cruel que parezca no sé absolutamente nada de esa persona, excepto su seudónimo. Y quizá por haberlo descubierto, me ha subido a este viejo puente de piedra al que llaman el del Adiós y acabará conmigo tarde o temprano. Ahora que lo pienso el nombre del puentecito en cuestión es bastante ridículo, pero más ridículo es todavía hacer que el último libro que he leído sea uno de él o ella. Uno que dejé en mi mesita de noche antes de salir de casa.

Aquella historia si que me hubiese gustado protagonizarla, hasta el entorno era más agradable que este pueblucho de mala muerte donde por no pasar, no pasa ni el tiempo. Que envidia me da del personaje principal que tuvo la suerte de poder leer “Cañas y barro” un libro que siempre he querido leer. Yo en cambio he dedicado mis últimas horas de lectura a leer “Preguntando por Julia” un libro que sin quererlo yo va a cambiar mi historia, pues sospecho que si no me hubiese interesado por el autor o autora de la novela, ahora mismo no estaría esperando a saltar desde este puente.

Anne Hónimo es su seudónimo y lo único que sé es que escribe y cuatro tonterías más que encontré en la contraportada de la novela la cual decía si no recuerdo mal lo siguiente:

Anne Hónimo nació en cualquier lugar en el siglo pasado, tal vez aprendió a escribir antes que a ser, pero poco importa quién es Anne Hónimo, si es un hombre o una mujer, si es joven o no lo es, si vive aquí o allí. Pues según sus propias palabras “El escritor no es lo más importante de un libro”.

Por suerte para mí decidió ponerme en el bolsillo de esta vieja chaqueta de lana una pequeña libreta y un lápiz. Se supone que para escribir mi carta de despedida. Pero lo que no sabe es que he tenido la suerte de darme cuenta de que

soy un personaje y aun sin entenderlo, tengo vida propia y quizá incluso libre albedrío.

En estos momentos todo a mi alrededor está como dije antes tétricamente inmóvil. Lo único que se oye es el insignificante sonido que hace el grafito al pasar sobre el papel mientras escribo.

Sé que hay muy pocas formas de contactar, encontrar o conocer a quien me ha dado la vida.

Puedo intentar escribirle directamente, contarle mis penas y culparle de todo lo que me está pasando. Puedo rezar por aparecer en sus sueños, pero no sé si será consciente de lo mucho que necesito que continúe la novela que dejó a medias. Toda mi vida le pertenece y por consiguiente también mi muerte. A veces le he temido, otras me he enfadado con él o ella y a menudo me he preguntado porqué me puso aquí en este pueblo gris ni porqué me dio la vida ¿Qué sentido tiene mi existencia?

Sé que no puedo hablar con nadie de lo que he descubierto. Todos los que conozco creen que son personas, si yo les contase que sólo son personajes no sé que pensarían de mí. Necesito encontrar el camino para llegar a Anne Hónimo, con suerte me responderá y hasta puede que me permita un último capricho antes de saltar desde este puente. Pero tengo miedo, miedo de que no exista Anne Hónimo. Entonces si no existe ¿Quién empezó a escribir mi historia? ¿Puede una historia hacerse a si misma? ¿Puede haber personajes si no hay autor?

Quizá estoy loco, tal vez por eso me encuentro en este puente escribiendo todas estas tonterías en lugar de escribirle unas palabras a mi esposa Julia.

Julia que se niega a creer que haya vida después de esta. Mi pobre esposa que no sabe que los personajes nacemos un día, pero no moriremos jamás. Mi amada Julia que no suele leer nunca y no puede darse cuenta de que el último libro que leí hablaba de su siguiente historia. Una historia en la que me busqué aunque fuese con otro nombre, una historia que escudriñé palabra por palabra para poder leer algo entre líneas y así llegar a deducir que cualquier personaje de “Preguntando por Julia” puedo ser yo.

La vida sería muy cruel si después de que termine esta historia no puedo seguir compartiendo otras historias con mi amada. Nada tendría sentido, si el amor se pierde. Ningún escritor puede ser tan cruel como para darnos la vida y no permitirnos vivir para siempre con aquellos seres a los que amamos. Es todo tan confuso, sé que Anne Hónimo había escrito 191 páginas cuando decidió traerme hasta este puente, pero por difícil que parezca, nunca jamás ha escrito mi nombre. Así, pues soy un personaje que no tiene nombre. Nací hace ochenta años en Xem, una aldea perdida en la cumbre de una montaña cualquiera. Una vecina me enseñó a leer aunque no era muy corriente en aquella época. No sé si haber aprendido a leer ha sido una suerte o mi mayor desgracia. Conocí a Julia cuando yo tenía diecinueve años y desde entonces sé que sólo por haber podido conocerla ha merecido la pena “nacer”. Nos casamos cinco años después y nuestra vida ha sido un camino de rosas, hasta que hace dos años concretamente en la página 173, mi vida empezó a volverse gris y me comenzaron a suceder las cosas más increíbles que uno pueda imaginarse. ¿Por qué tengo que padecer esta mala racha si soy simplemente un personaje secundario?

No quiero dejar sola a Julia en esta historia y aun así lo único que puedo hacer es escribir como un condenado en esta libreta, sin saber cuando voy a saltar desde este puente Si es verdad que los personajes tenemos libre albedrío ¿por qué no puedo volver a casa con ella? ¿Qué es lo que me ata a este sitio del que no me puedo mover?

Por mucho que escriba no sé como puedo hacerle llegar mis palabras a Anne Hónimo

Oye, ¿Puedes ayudarme? Te estoy escribiendo a ti que me lees en este preciso instante. No, no te extrañes, ni te rías, mi historia depende de ti, lo primero que necesito saber es si crees en mí. Después quiero que sepas que eres la única persona en el mundo que puede ayudarme. O puedes ayudarme o esta historia es falsa.

Por favor, no te lo tomes a broma.

¿Quieres ayudarme? Si decides que sí, sigue leyendo, pero si decides que no, quiero que sepas que yo confío en ti y que en el fondo de toda persona hay un escritor que lucha por salir algún día.

Lo único que necesito es que creas en mí y que continúes la historia de este insignificante personaje secundario que está sentado en el borde de un puente frío, esperando a que ocurra un milagro.

¡Santo cielo! Acabo de escuchar un trueno ¿Lo has escrito tú? ¿O es Anne Hónimo quién escribe?

Los pájaros están volando de nuevo, se oye el viento que además trae el aroma a pan recién hecho. Voy a ver si mi reloj funciona, ¡vaya pues sí!, aunque no sé que habrá pasado con los X minutos que han transcurrido desde que el tiempo se detuvo.

Me reconforta ver el humo que sale de las chimeneas. Y los coches que pasan. La anciana que vestía de negro no sé donde estará, tampoco sé donde está el gato que estaba a punto de entrar por la ventana de una casa, pero soy consciente de que las hojas de los árboles siguen cayendo.

¿Qué está pasando? La libreta y el lápiz han desaparecido de mis manos y me estoy poniendo de pie.

¡No por favor! ¡No lo hagas! No escribas que voy a saltar, no quiero dejar sola a Julia.

¡Espera! Se te olvida una cosa, tengo que escribir mi despedida, si no ¿qué sentido tiene que hayas puesto una libreta y un lápiz en el bolsillo de mi chaqueta?

¡Menos mal! Me he vuelto a sentar, aunque tengo los pies colgando peligrosamente y bajo éstos el agua del río ruge como una fiera entre las rocas.

Querida Julia:

Como has podido comprobar mi salud ha caído en picado desde hace un par de años, siempre dije que jamás sería un estorbo para ti y que nunca te olvidaría, que te amaría incluso más allá de la muerte o mejor dicho más allá de la vida.

No sé que haría sin ti, mi mundo eres tú y por desgracia te estoy perdiendo de una manera cruel.

La enfermedad avanza rápido, pero yo quiero ser más veloz y ganar la batalla.

Los médicos prometen tantas cosas, hablan de nuevos medicamentos y dicen que “hoy en día” las enfermedades mentales no son como antes. Pero yo me pregunto, ¿qué pueden sentir ellos? Yo soy consciente de que mis momentos de lucidez cada vez duran menos y no quiero que llegue el día en el que no te pueda conocer. ¿Qué sentido tiene seguir viviendo si no puedo saber que te quiero, porque te he olvidado irremediablemente?

Quizá no es normal que me de cuenta de que estoy perdiendo la cabeza, la memoria, la vida, la dignidad...

No sé qué les ocurrirá a los que padecen lo mismo que yo, sólo sé que hoy puedo decirte que te quiero, hoy puedo dar las gracias a Dios por haberme hecho pasar aquel día por aquel camino y verte junto al río.

Vivir ha merecido la pena, por el simple hecho de haber compartido mis días contigo.

La gente ya no cree en milagros, pero sé que haberte conocido es uno. Te amo, te he amado y te amaré siempre.

Tu esposo José

PD: ¡Mi nombre es José! Sé que hay algo más que tengo que hacer en esta vida. Leer “Cañas y barro” y preguntar por ti.